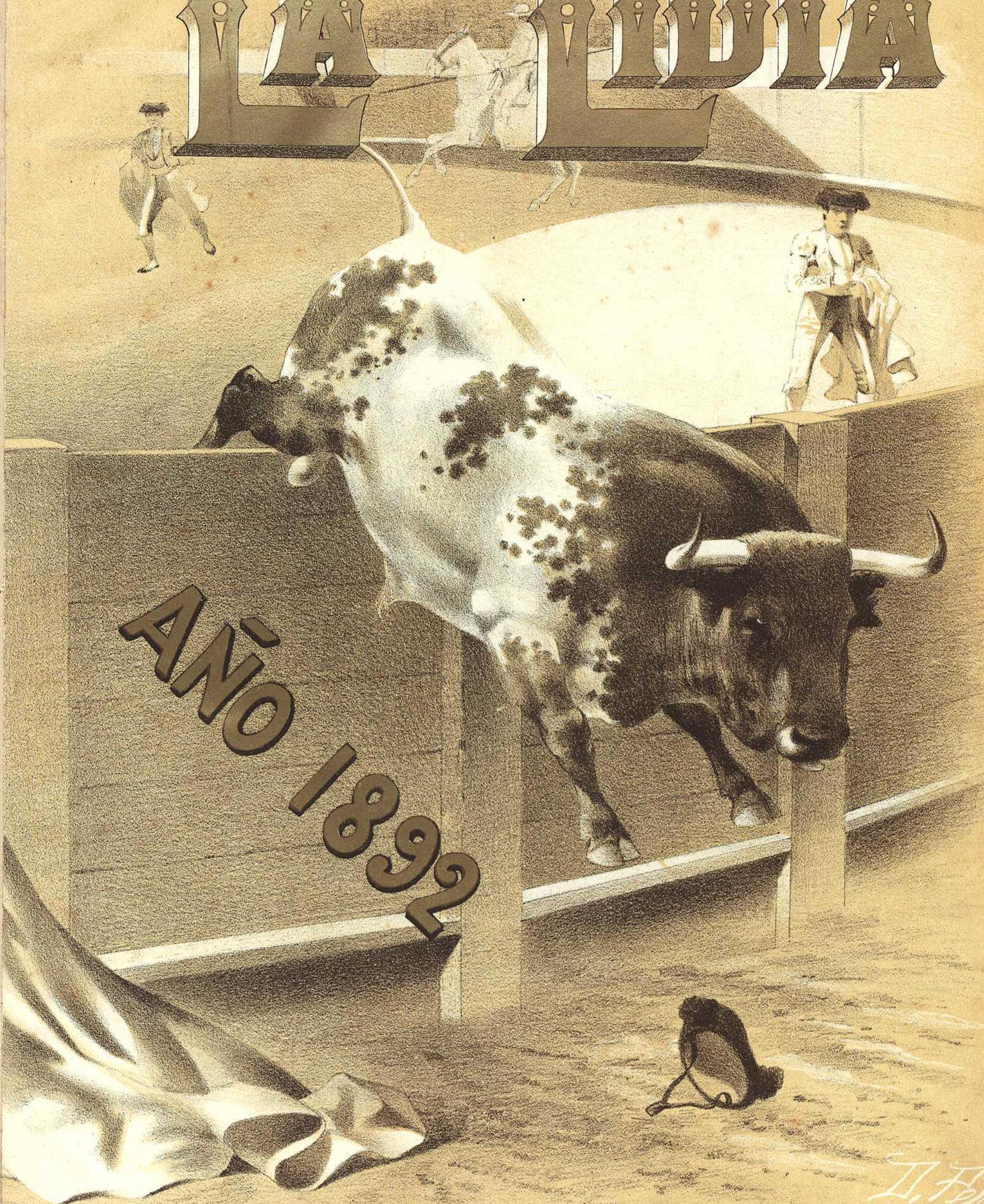
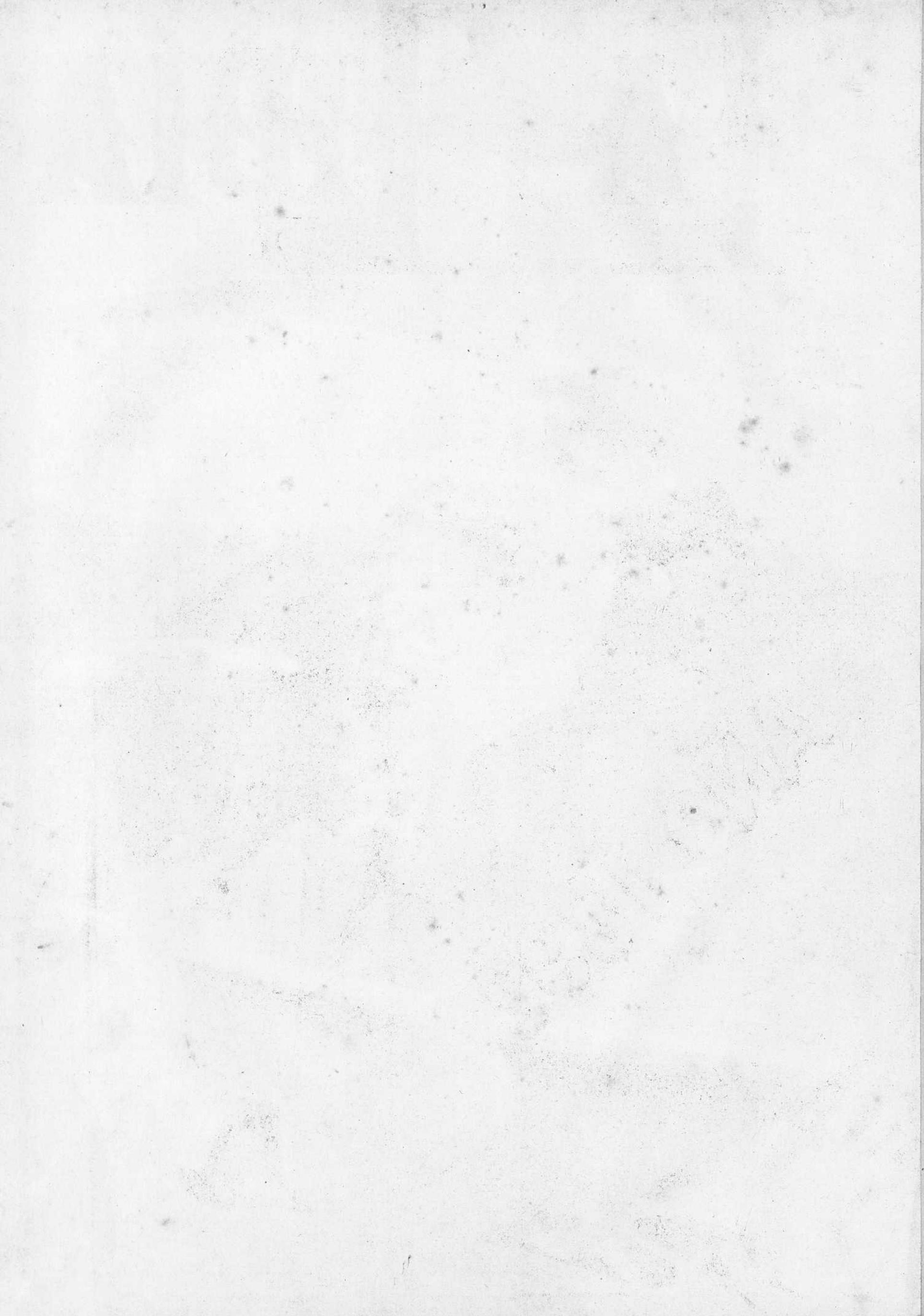


LA LIDIA



AÑO 1892

L. Ferrer





REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.....	5	Provincias: trimestre.....	3	Extraordinario.....	0,50

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

LA LIDIA



¡Héla aquí! tan limpia y rozagante como apareció por primera vez, hace ya ONCE AÑOS, y con los mismos deseos de agradar siempre. ¡Héla aquí! satisfecha de su comportamiento anterior para con el público que tanto la favorece, y por lo mismo, obligada á continuar siendo amiga inseparable de la verdad, en cuanto hay de cierto en materia de cuernos. Por esta cualidad la quieren los aficionados: por eso los mismos toreros con quienes se ha encarado más de una vez, hacen caso de sus advertencias; y por igual razón los ganaderos aprecian su visita, teniendo todos presente, que si alguna vez se ha mostrado erguida y arrogante, nunca ha sido imprudente ni descarada.

Contenta en verdad empezaría sus tareas en el presente año, si no la amargasé la visible decadencia á que ha venido el arte de torear, por los abusos incalificables que Empresas, toreros y ganaderos están cometiendo de consuno, como si todos juntos se hubieran puesto de acuerdo para concluir traidoramente con el mejor de los espectáculos; y ya que el remedio no esté en su mano, LA LIDIA, por amor al arte, por el cumplimiento del deber que se ha impuesto, ha de procurar el encauzamiento de la opinión pública—harto extraviada por desgracia—poniéndola de manifiesto las mistificaciones y supercherías de quienes, si quiera por decoro, menos podía esperarse un desengaño.

Para atajar el mal, si es posible, trabajará LA LIDIA con empeño. Fuerte y con suficiente arraigo y simpatías, viene preparada á DAR DURO y á tener á raya á cuantos de un modo ú otro comparezcan en el ruedo de la gran Plaza madrileña; que ya la paciencia se va acabando, al contemplar tantos abusos y tanto olvido de las buenas prácticas taurinas.

Eso sí: LA LIDIA se mantendrá siempre

dentro de los límites de una justa crítica, basada en los buenos principios del arte y en una imparcial severidad, pues no ha de dar *palo de ciego* sin mirar á quién ni cómo. Divorciada completamente del pandillaje, será justa en sus apreciaciones *razonándose*, y ha de complacerse en reconocer el mérito, donde quiera que se halle; en alabar la valentía sin temeridad, y en animar al que, con buena aptitud, ponga de manifiesto mejores deseos. Detrás de esto, para nada tendrá en cuenta dudosas categorías, y mucho menos el eco de soberbias despertadas por aplausos, prodigados inconscientemente, que el tiempo se encarga de desvanecer, y que se olvidan más de prisa que se tributan. El arte ante todo: aplauso y apoyo al que más le observe; severa censura al que le olvide, y silencioso desprecio para el que no le conozca.

¡Ay del torero que, cobrando mucho y bien, trabaje poco y mal! ¡Ay del ganadero que dé becerros por toros, ó sea gato por liebre! ¡Ay de la Empresa si no tiene en cuenta lo que el público merece! No han de valerles ni recuerdos de tiempos que pasaron, ni la fama de las vacadas, ni vanos propósitos; porque LA LIDIA, cansada ya de buenas promesas y de mentiras simuladas, ha de poner especial empeño en que todos «anden derechos, y caiga el que caiga.»

Año nuevo vida nueva, dice el refrán, que, aplicado hoy á LA LIDIA, quiere expresar que si hasta ahora ha sido benévola y considerada con la gente de coleta, cesa en su tolerancia; y con severidad y dureza, fustigará sin duelo á todo malandrín que quiera vivir usurpando reputaciones, y haciendo ver á los ignorantes que lo blanco es negro, y lo malo merecedor de premio.

Alientos ha de dar al que con modestia empiece su carrera y tenga voluntad para aplicarse y procurar adelantos por el camino derecho; y al mismo tiempo exigirá á todos, absolutamente á todos, el exacto cumplimiento de sus deberes para que quede en el lugar que le corresponda quien siendo alto descienda, y el que se encumbra por su mérito. Justicia sin debilidades ni apasionamientos ha de administrar LA LIDIA, y los buenos lo agradecerán, porque

al estado á que el toreo ha llegado, no hay más medio de regenerarle que haciendo mucho uso del látigo y las palmetas, resucitando, aunque con pena, aquella antigua máxima de que «la letra con sangre entra.»

¡Duro y á la cabeza han de gritar los amantes de la verdad que en algo se estimen, sean toreros, aficionados, ganaderos ó Empresarios! Y á la cabeza de quien lo merezca irán los golpes. A Madrid vienen los toreros contratados á cumplir la misión de procurar el enaltecimiento del arte que les proporciona pingües utilidades, y el que no lo intente, el ganadero de poca conciencia y el Empresario, si no atiende á satisfacer cumplidamente las justas exigencias del público que paga, palo tendrán y palmetazo limpio. No han de valerles buenas apariencias ni promesas. Hechos y nada más que hechos, claros, evidentes y justificados, son los que quiere la opinión pública, de la cual no pueden escapar ni aun las autoridades que rijan y gobiernen el circo taurino. ¡Cuántas veces, por fatales condescendencias, han padecido los intereses del público! ¡En cuántas ocasiones, por tolerar abusos, se han visto defraudadas las aspiraciones de la verdadera afición!

Caerá, pues, el que por no cumplir sus deberes lo merezca, en las fuertes censuras de esta publicación, sea quien fuere; y un día y otro, aunque la tarea sea enojosa, clamará con entereza hasta arrancar la máscara á los que depriman el arte y le perjudiquen con supercherías.

Hechas estas advertencias para que las tengan en cuenta aquéllos á quienes importan, LA LIDIA saluda con sinceridad cariñosa á sus favorecedores, á sus compañeros en la prensa, y á los distinguidos hombres de letras que la han honrado y seguramente seguirán honrándola con sus estimables artículos, y con cuya compañía gana más cuanto más el tiempo avanza, puesto que la visten de ropajes brillantes, que forman con la excelente parte artística encomendada al inimitable Daniel Perea, y otros aventajados dibujantes, ese tono especial con el que la distinguen los aficionados á la gran fiesta española.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Medallas Madrileñas.

ARROGANTE

ANVERSO



Estamos á 14 de Enero de 1875.

El día es uno de aquellos tan despejados, claros, serenos y brillantes, que el invierno suele regalar al pueblo de Madrid, dando tregua á las crudezas del frío.

Las calles, llenas de gente. La de Alcalá, engalanada con arcos de triunfo, adornada con lujosos tapices, empavesada con sendas filas de gallardetes y banderas... Músicas por todas partes; palomas que alzan el vuelo en caprichosos giros; flores arrancadas al suave ambiente de los invernaderos aristocráticos; versos impresos en papeles de colores...

Es que el monarca restaurado por las afortunadas bayonetas de Sagunto, entra en la villa y corte. Es que el hijo de Isabel II vuelve del destierro... Es que empieza el reinado de Alfonso XII.

«El rey—dicen al día siguiente los periódicos—montaba un magnífico caballo tordo rodado, de largas crines, grande alzada y admirable *performance*.»

¡Feliz *Arrogante*! ¡Afortunado cuadrúpedo! (Porque el cuadrúpedo se llamaba *Arrogante*, y lo era además.)

No faltaría en aquel momento algún dinástico entusiasta que, envidioso de la augusta carga con que se enorgullece y gallardeaba aquel caballo, hubiera querido trocar sus humildes espaldas de vasallo por los robustos lomos del hermoso animal.

Ni faltaría tampoco algún mísero desheredado de la fortuna que reflexionase, haciéndose cruces en la hambrienta boca, sobre la futura suerte del caballo de largas crines, grande alzada, y admirable *performance*, según el tecnicismo... de caballería.

—He ahí—pensaría el pobre envidioso de la acera—un jamelgo que tiene asegurada la *vita bona* en las caballerizas reales. ¡Qué piensos tan sustanciosos! ¡Qué cuadras tan confortables! ¡Qué regalada existencia!

REVERSO

Estamos á 25 de Abril de 1886.

El día es uno de aquellos tan fríos—tan despacibles y tan ingratos con que suele obsequiar la primavera al pueblo de Madrid—aguardando alguna de sus predilectas diversiones populares.

Y ¿cuál es más popular ni más predilecta que la inauguración de la temporada taurina?

Las nubes se apiñan más y más. La lluvia cae con redoblado ímpetu y tenacidad mayor... La madre Naturaleza saca, en fin, aquel cartelillo que ha pasado á la historia:

DE HORDEN
DE LA IMPRESA
OY NO AY SOL.

Y mientras el pueblo madrileño deshace airado sus preparativos para ir á la Plaza de Toros, y ver la corrida de inauguración de la temporada; y mientras desengancha el mayoral los alegres tiros de mulas, y guarda el torero sus lujosos atavíos para el día siguiente, y se quita la chula el pintoresco pañolón de Manila... agítanse impacientes dentro de los chiqueros los

toros del Colmenar, y esperan resignados el fin de sus males los escualidos jacos de la caballeriza.

Entre ellos hay un tordo rodado—que once años antes había sido admirado en Madrid por sus crines y su alzada, y su *performance*, según el tecnicismo caballar.

¿Quién sabe los recuerdos que surgen confusos en su vaga y oscura memoria de bestia, como dice Zola del caballo *Trompette* en *Germinál*!

Quizá recuerda antiguos halagos, fervorosos vítores, músicas estruendosas, campanas, cañonazos, lluvia de flores, arcos de triunfo, sin acertar á comprender cómo aquellas glorias pasadas se han convertido en piensos menguados y desabridos, tratamientos crueles, soez compañía de jacos vulgares, establos mal olientes y vagas emanaciones de sangre...

Cuyo horrible y fétido conjunto mueve á compasión á un chalan sensible, que «se arranca» con una oración fúnebre por este estilo:

—Anda, probética bestia. ¿Quién te había de decir á tí que habías de fenecer en la Plaza de Toros? Muerto el amo, se acabó el caballo. Debían haberte guardado como una reliquia, y te envían al peor de los mataderos... ¡Mira tú que es desgracia venir á que te despanzurre un toro, y te se ría la gente, y te muela á palos un mono sabio en el redondel, cuando podías en otro tiempo haber echado á presidio al chavó que se hubiera atrevido á tocarte el pelo, llevando encima á su real majestad!

Llega la noche... *Sobaquillo* habla de *Arrogante* en *El Liberal* de la mañana siguiente, y *Arrogante* se salva, porque lo restituyen en el acto á las reales caballerizas.

¿No es este un buen asunto para una medalla madrileña?

Si yo fuera un Calígula, la acuñaría en oro.

Como no llego á tanto, me contento con bosquejarla en LA LIDIA.

SOBAQUILLO

CÓRDOBA-MADRID

CORRIDA EXTRAORDINARIA.—6 ABRIL 1892

Al año anterior alteróse la costumbre de no dar comienzo la temporada taurina hasta después de anunciar el toque de gloria de las campanas, que era llegado el momento de regocijarse los ánimos; y á este propósito, hubo en Domingo de Ramos una corrida extraordinaria, como corrida extraordinaria ha habido el presente, con cuatro días de anticipación todavía á la fecha indicada.

Tratábase de atenuar en lo posible la aflictiva situación en que los últimos temporales han colocado á la ciudad andaluza de los Califas, y como Córdoba cuenta entre sus actuales hijos, un puñado de hombres tan dispuestos á jugarse la vida en el Coso á todas horas, como á reparar los daños causados por los furiosos elementos en el nativo suelo, ofrecieron graciosamente su concurso, y llamaron en su ayuda los sentimientos del pueblo madrileño, uniendo en un solo nombre *Córdoba-Madrid*, el de la antigua corte morisca y el de la moderna capital española.

Bien demostraron en esto conocer la filantropía de la heroica villa, patrocinadora constante de toda idea de fecundos ó beneficiosos resultados, y madre cariñosa de las demás regiones puestas bajo su primacía; y como de costumbre, la proposición tardó tanto en ser aceptada cuanto en ser conocida.

Con toda la dinastía torera de los Rafaeles, por base, y seis bravas reses con la marca de Veragua, que goza del privilegio de ser preferida para estas solemnidades, por principal elemento, designóse el miércoles 6 del corriente para esta primera y brillante fiesta, que no pudo verificarse en día festivo, por causas que se presumen, relacionadas con intereses de Empresa.

Mas que esto no fué óbice para contrarrestar la afición y el desprendimiento de los hijos de Madrid,

quedó plenamente probado, al agotarse muchas horas antes de la corrida los billetes en los despachos, y al ver el aspecto presentado por el camino de la Plaza en los sesenta minutos precedentes á la fiesta. Baste decir que en ciertos trayectos, estuvo suspendido el tránsito algunos momentos, por la aglomeración de vehículos de todas clases.

En el vasto anfiteatro, la perspectiva no podía ser más deliciosa, destacándose entre los millares de personas allí amontonadas, numerosos grupos de hermosas mujeres, que con sus atavíos de blancos encajes y frescas rosas, alegraban el conjunto y perfumaban el ambiente; y cuando la cuadrilla, capitaneada por los Rafaeles I (Lagartijo), II (Guerra) y III (Torero), pisó el redondel, á los acordes de la música,

el Cielo rompió su velo
por ver la festividad;
que cuando la Caridad
llama, responde hasta el Cielo.

No detallaremos minuciosamente el curso de la fiesta, puesto que nada rompió la nota armónica que dominó en toda ella; corrida más igual y proporcionada difícilmente volverá á presenciarse en la temporada que empieza; y el elogio que en todo caso la hubiéramos tributado por su plausible objeto, huelga ante la justicia que así nos obliga á reconocerlo.

El Sr. Duque de Veragua, al que, como ganadero hemos censurado en otras ocasiones sin reservas de ningún género, presentó media docena de toros, tan variados, como que los había berrendo en negro, entrepelado, cárdeno salpicado, *pelo de rata* ó jabonero sucio, castaño claro y negro bragado; es decir, seis pintas distintas y una inmejorable estampa verdadera, distinguiéndose el primero por lo buen mozo, el jabonero por sus bellas proporciones, y el último por lo fino.

No desmerecieron tampoco las condiciones de lidia de las de presencia, y si se exceptúa el segundo, que estaba muy por bajo de sus hermanos en cuanto á sangre y nobleza, todos los demás acudieron con voluntad al castigo y se consintieron fácilmente en el engaño. A los aficionados inteligentes y observadores, no se les ocultaría el defecto en algunos, que viene dominando hace tiempo en la casta veraguense, ó sea la poca resistencia en el primer tercio; pero en honor de la verdad, fué menos manifiesto que otras veces, y el primero le compensó con lo pegajoso, y el último, entrando en suerte en cuantas ocasiones le citaron.

El buen nombre de la casa, se rehizo, pues, en esta corrida, dejando abrigar la esperanza de que volverá la ganadería á recobrar su anterior prestigio. Que sea para bien.

Y vamos con la gente.

Rafael I, el veterano lidiador, el patriarca del torero, el cordobés animoso, que vestía traje verde y oro, *quiso* en honor de sus paisanos, y sabido es que cuando el maestro quiere hay que verle todavía. Dejando los años á un lado, ocupó su sitio en el palenque, peleando como un muchacho y manteniendo con su autorizada presencia el orden de la lidia. En la suerte suprema, estuvo breve, expedito y decisivo. Media docena de variados pases, bastaron para que entrando al volapie, desde muy cerca, colocase una estocada entera, un poco cañía del lado contrario, y rematase al primero con un descabello al segundo golpe. La faena del cuarto, puede calificarse de rápida; no excedería de un par de minutos, y como la anterior, se compuso de cinco pases y una buena estocada á volapie. Lagartijo no se contentó con esto sólo; lanceó de capa á su segundo cinco veces, siendo de ellas tres buenas verónicas; abrió los brazos como él únicamente sabe abrirlos, para clavar un gran par al sesgo y medio aprovechando, al sexto, y bregó y dirigió con aplauso de la concurrencia.

Rafael II (de verde bronce y oro), cogió en el segundo el *hueso* de la corrida. Sin embargo, no se apartó un instante de la cabeza, y después de señalar tres buenos pinchazos en hueso, dando las tablas, agarró una buena estocada á volapie, permaneciendo fresco durante toda la brega. La del quinto, fué adornada con cinco bonitos pases, descollando dos redondos por bajo, pasándose un tanto en la estocada á volapie con que preparó al enemigo para descabellarle á la tercera. Banderilleando al último dejó dos pares superiores, uno de dentro á fuera ó con los terrenos cambiados y otro aprovechando; y en el resto de la lidia confirmó su agilidad y vista torera, tanto en quites, como *ayudando y secundando eficazmente á su paisano y maestro*, lo que consignamos con la mayor satisfacción, puesto que siempre hemos abogado por la buena inteligencia de los diestros en el redondel.

Rafael III (con terno azul y oro), no descompuso el cuadro; debiendo hacer constar, sin embargo, que aunque cumplió bien, despachando á sus dos toros de una buena estocada á volapie por pieza, en el tercero bregó precipitado y perdiendo terreno, y pinchó sin estar el bicho en suerte, siendo aplicable al resultado aquello de *Fortuna te de Dios, hijo*... Muy bueno el par de frente con que inauguró el turno de los matadores, y bien en el resto.

El segundo tercio en los cinco primeros toros, arroja un total de quince pares y medio de banderillas, colocados entre todos los peones de las cuadrillas, sobresaliendo uno de frente y otro al sesgo de Rafael IV (Mojino), que sin duda le tiene mucho cariño al primer traje de torero que estrenó ya hace años, y otro par al cuarteo de Rafael V (Manene), que consiguieron

con ello hacer resaltar la genealogía de los Rafaeles hasta este último grado.

La suerte de varas dió en junto un número de 40, por 12 caídas y 10 caballos para el arrastre, y en ella obtuvo una calurosa ovación Manuel Agujetas, por su valentía; picó á conciencia el Pegote, y lo hizo lo peor que sabe el Beao. ¡Lástima que haya que registrar en este tercio el único contratiempo de la tarde, cual fué el pase á la enfermería de Paco Fuentes, con una conmoción, producida al ser derribado por el último toro!

Consignemos como detalles complementarios de la fiesta, que el servicio de Plaza fué acertado; que el público obligó á la música á actuar mientras banderillaron los maestros; que presidiendo el Gobernador civil, Sr. Marqués de Bogaraya, sonó la flauta, puesto que S. E. es un reputado profesor de dicho instrumento, y que los necesitados devotos cordobeses de San Rafael pueden contar con una respetable cantidad de pesetas, recaudadas para ellos en Madrid; y deduzcamos en definitiva, que á pesar de los marronzos del Beao, que también es Rafael, y faltó dolorosamente á la consigna, la corrida resultó casi Rafaelesca; y decimos casi, porque para serlo por completo le faltaron dos cosas:

El pincel de Rafael de Urbino, para reproducirla, y el himno de D. Rafael del Riego, para amenizarla.

DON CÁNDIDO.

UN REVISTERO INTERINO

Rel saber Miguelito que *Gazúza*, el redactor taurino de su periódico, estaba indispuerto hasta el extremo de no poder asistir á la corrida, y que la empresa del diario le confiaba la misión de suplirle, notó que el corazón le daba un vuelco, creyéndose ya á la altura de los Estébanez, Calderón, Martos Jiménez, Carmona, Santa Coloma y demás revisteros de justa fama. Cogió de la mesa de la redacción tres docenas de cuartillas, preparó cinco lápices, y alquilando una *manuela*, por ser el carruaje más visible, se encaminó á la Plaza con los ojos radiantes de júbilo, y la vanidad brotándole por todos los poros de su cuerpo.

Parecía á Miguelito que las gentes todas se paraban á mirarle, y que unos á otros transeuntes se decían:

—Ese es Miguelito, el revistero de toros de *El lamento del proletario afligido*. ¡Oh! ¡Es un chico que irá muy lejos!

Y, como efectivamente, la Plaza de Toros no estaba nada cerca de la redacción, Miguelito fué pensando por el camino cuál sería el pseudónimo que había de adoptar para sus trabajos. Enamorábanle *Silbante*, *Cornúpeto*, *Cuatro Hierbas* y algunos otros; pero al cabo triunfaron la cortésia y consideración á su compañero enfermo, y decidió firmarse *Suple-Gazúza*. Más adelante tendría ocasión de trabajar por sí solo y ser *Cornúpeto*, ó lo que al fin resolviera.

En las puertas de la Plaza dijo á los que recibían los billetes, al acomodador luégo, y creo que al naranjero y al vendedor de agua y aguardiente:

—Cuando venga el chico de la imprenta de *El lamento del proletario afligido*, que suba á la grada primera por mis cuartillas.

—¿Pues no viene hoy *Gazúza*?

—Está enfermo, y yo soy quien le suple.

Miguelito dijo esto con el mismo tono con que un guerrero habría dicho «Soy Alejandro» ó un poeta «Soy Homero», y subiendo á su grada, sentóse, ocupando además de su asiento, el de detrás con la espalda, y el de delante con los pies; sacó las cuartillas y los lápices, y miró con aire de superioridad á la concurrencia. Pero ¡qué falta de ilustración! Los que estaban más próximos á él apenas le hicieron caso, y aun le pareció que encerraba cierto retintín agresivo un consejo que oyó dar á gritos á uno del tendido por otro de la grada:

—Esta noche te ganas un perro chico.

—¿Por qué?

—Porque no hay necesidad de comprar *El lamento*.

(Generalmente se conocía así al periódico *El lamento del proletario afligido*.)

Pero Miguelito no estaba para reparar en semejantes pequeneces, porque se había quedado absorto al propio tiempo viendo entrar por la puerta de la grada á una mujer de amplio pañolón de Manila, ojos como brillantes luceros, y rojos claveles entre el peinado y en el pecho.

Miguelito se apresuró á comenzar su revista en estos términos:

«Hoy la grada una es de sol, ó mejor dicho, de soles, que no otra cosa son los ojos de una vecina mía, los cuales me han mareado hasta el extremo de hacerme olvidar un momento del deber que me trae á la Plaza, y de la enfermedad que retiene á mi ilustre maestro, el gran *Gazúza*, en el lecho del dolor.»

Aquel exordio satisfizo á su autor que, después de consignar la entrada, temperatura, presidencia y otros detalles, propios del trabajo á que iba á dedicar su inteligencia, volvió á fijarse en su vecina de la fila superior, y hubiera continuado estático en la contemplación de su belleza, á no escuchar los acordes de la música del Hospicio, que señalaba el paseo de la cuadrilla, y luégo el son estridente del clarín, anunciando el comienzo de la lidia. Entonces, entregado de lleno á su deber, fué llenando cuartillas, apuntando lances y marcando cifras para sus resúmenes.

«Era el primero de los Mirras corniveleto, bragado y de muchísimas libras. *Escorpión* le dió una larga, y *Saltimbanquí* un recorte que le estropeó.»—Pero, ¡qué mujer! seguía

pensando Miguelito... ¡Y toma varas!... ¡Vaya si toma varas!—«El presidente sacó el pañuelo rojo, y *Calitre* y *Candilón* tostaron el morrillo de la fiera, después de lo cual, ésta, que atendía en la dehesa por *Polizonte*, pasó á entenderse con *Desgalichao*, quien, después del consabido brindis, ejecutó la siguiente faena:

Un pase de pecho, otro de espalda, otro de riñones, un desarme, setenta y dos pases más, medio pinchazo, una colada, otra colada, y otra; un salto al callejón.

Y, por último, la salida de los mansos. *Desgalichao*, por matar algo, quiso matar á un vaquero; pero se lo impidieron dos alguaciles, que le llevaron al palco presidencial.»

Apenas había acabado de escribir estos renglones Miguelito, cuando sintió que el chico de la imprenta le tiraba de la manga de la americana; le entregó las cuartillas, y mientras *Polizonte* se resolvía ó no se resolvía á seguir á sus mayores, nuestro novel revistero volvió á fijarse en la vecina, y á dirigirla miradas incendiarias.

Ello sí; en cuanto salió de su encierro el segundo de la tarde, Miguelito volvió á su trabajo, chocándole mucho la prontitud con que regresaba por más cuartillas el aprendiz de la imprenta.

—Don Miguel — le dijo; — el regente me encarga pregunta á usted que cómo es que el primer toro ha sufrido fuego, habiendo tomado muchas varas.

El joven, á quien no agradaba aquella observación que se le hacía en público, y que no podía figurarse haber escrito nada de varas, contestó al muchacho:

—El señor regente hará bien en limitarse á cumplir su obligación, sin inmiscuirse en la mía. Que haga componer lo que escribo, y tengamos la fiesta en paz.

Y el muchacho se fué con esta contestación y con otras cuartillas del revistero interino, quien aprovechando el tiempo que se tardaba en limpiar el redondel de *aleluyas* y *sardinas* (nombres que diera á los caballos muertos por el toro tercero), había escrito breves líneas en una cuartilla, haciéndolas llegar á poder de la morena de los claveles, por conducto del propio chico.

La buena moza las leyó descuidadamente, y se encogió de hombros.

—Es natural... se decía Miguelito. ¿Cómo ha de manifestarse en público? La esperaré al salir para pedirle una contestación categórica.

Y con esta resolución siguió puntualizando los lances de la lidia, menos interesado y más cansado que al comienzo de la misma, porque Miguelito, que era muy impresionable, se sentía verdaderamente enamorado.

Júzguese su emoción, cuando, al mediar la lidia del último toro, sintió que un mocito de traje corto, sombrero cordobés y persianas, le llamaba la atención con no muy buenos modos, para decirle:

—Me encarga mi señora, que devuelva á usted este papelucho, que le han llevado por equivocación. ¡Me parece á mí!

Miguelito miró á su interlocutor y miró á la señora, sin saber qué contestar; después miró el papel, por hacer algo, y palideció horriblemente; en él se leía:

«¡Ahora vamos á vernos las caras!... y se tiró á matar por derecho; pero el estoque tropezó en hueso y saltó á la barrera, vaciando un ojo á uno de los carpinteros... Cuatro nuevos pasos arreglaron al de la tierra, y *Desgalichao* señaló una estocada magnífica, con la cual, y el auxilio de los enterradores, terminó la faena del tercero.»

—¡Ahora lo comprendo todo!—exclamaba Miguelito, presa de la desesperación;—ó el muchacho ó yo hemos equivocado la cuartilla...

Y trató de tomar un coche para ir pronto á la redacción; pero no había ninguno disponible: los ómnibus y tranvías eran tomados también por los que tenían más ágiles piernas ó más fuertes puños, y el novel revistero paso media hora antes de encontrar un vehículo disponible. Cuando cruzaba por la Puerta del Sol oyó con espanto que los vendedores de periódicos pregonaban: «¡*El lamento del proletario afligido*, con la revista de toros!»

Miguelito se bajó del coche, compró un número, y en él pudo ver desde luego, bajo la firma de *Suple-Gazúza*, la reseña de la función taurina que acababa de terminar. Con la ya dudosa claridad del crepúsculo comenzó á leer su trabajo, y en la descripción de la lidia del primer toro, tropezó en seguida con la frase de «... ¡Toma varas! ¡Vaya si toma varas!»; fruto de su observación respecto á la vecina, y que no se explicaba cómo había consignado en sus cuartillas, precisamente dos líneas antes de indicar que el toro había sido sentenciado á llevar fuego.

Seguía leyendo, y vió que al cambiarse la suerte en el segundo toro, éste había recibido ¡un diluvio de palos!, cuando precisamente sólo se le pusieron los de reglamento, y gracias. ¿En qué consistía semejante atrocidad? En que el novel revistero había apuntado la bronca que se armó en el cuatro, y á ella se refería al hablar del «diluvio de palos».

Pero, donde Miguelito estuvo á punto de perder la chaveta, fué leyendo en los párrafos dedicados al toro que había hecho el número tres de la corrida:

«*Desgalichao* se fué á la res, y, parándose á respetable distancia, le presentó el trapo, como diciéndola:

Me tiene usted loco desde que la he visto, y voy á hacer un disparate, si no me dirige una mirada de cariño con esos ojos asesinos. Espero á usted fuera de la Plaza.»

El novel revistero no se atrevió á volver por la redacción de *El lamento del proletario afligido*, ni ha vuelto á ninguna corrida de toros.

Su artículo, sin embargo, tuvo algo bueno, pues hizo los efectos de un sinapismo en la dolencia que sufría *Gazúza*, obligándole á saltar de la cama, y á exclamar con dramática entonación:

—Está visto que los hombres como yo son irremplazables... ¡En cuanto me tropiece por ahí con Miguelito, le rompo algo!

M. OSSORIO y BERNARD.

TRANSICIÓN

(BASADA EN EL DIBUJO DEL PRESENTE NÚMERO)

De nuevo el glorioso pueblo, cuna de genial carácter, muestra de sus aficiones el pintoresco contraste, presentando en el transcurso de algunas horas fugaces, tan variadas perspectivas y tan encontradas fases.

Son días en que el recuerdo de sucesos ejemplares, de misteriosas ideas la imaginación invade... Del enhiesto campanario el sonido penetrante no parte, cual de costumbre, cruzando veloz los aires, y mientras de la carraca, ásperas y desiguales las notas, ahogan del bronce los cien ecos familiares, las palomas en la torre acuden á refugiarse, guardando en ella tranquilas sus amorosos afanes.

Allí por bajo, del templo en las anchurosas naves, apíñase de creyentes cantidad considerab'e, y oyendo del sacerdote la plática edificante el espíritu confortan con ejemplos inmortales. Fuera del santo recinto la ciudad en calma yace, acatando tradiciones sembradas en sus hogares; y la agitación continua que por sus arterias late, al cesar, tinte la imprime de melancólica y grave Unción y recogimiento, por todos lados se esparcen, y la mujer española, su hermosura incomparable exhibe modestamente, ciñendo severo traje; y al apreciar en conjunto sus rasgos esculturales, su majestad, su dulzura, su discreción, su donaire; medio oculto el bello rostro entre los negros encajes de la gallarda mantilla, sujeta con gracia y arte, no hay quien de exclamar se abstenga: —¡No son mujeres; son ángeles!

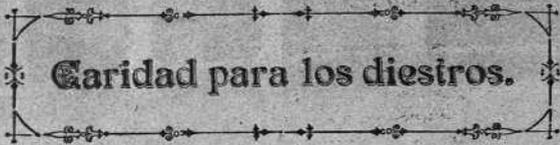
¡Resurrexit! Las campanas con su tañido incesante, anuncian al vecindario sus gratas festividades, y ahuyentadas las palomas, rápidas sus alas baten y del tranquilo retiro salen cortando los aires. La población, recobrando su acostumbrado carácter, animada y bulliciosa vése ya en plazas y calles, y en debida recompensa á sus trabajos y afanes, el español se dispone á gozar y á recrearse. Tiene en la fiesta de toros el aliciente más grande, y en ella tan sólo piensa desde algunos días antes, y no es de extrañar que en sueños á ver el encierro alcance, y á escuchar en loatananza la voz de los mayorales. El día de la corrida no hay que pensar que se hable de otro asunto; no hay asunto entonces más importante; y ya el problema resuelto, de obtener localidades, ocupanse de la Empresa, de los diestros, de los trajes, del ganadero y sus toros y de otros tantos detalles. Al acercarse la hora de aquella esperada tarde en que principia la fiesta, no hay panorama que iguale al que presentan del Circo los terrenos colindantes; y dentro ya de la Plaza, intentábase en balde

reproducir aquel cuadro de colores nacionales: tal abundancia de flores allí su perfume esparcen; tal es de blancas mantillas, de telas de mil cambiantes, de artísticos abanicos el caprichoso oleaje; tales los ojos de fuego y los labios de corales, que transportan á la gloria con la mirada ó la frase, porque son las que la ofrecen ¡más bien que mujeres, ángeles

Tal es la fiesta española, esforzada, interesante; y tales son las mujeres que por esta tierra nacen; y como igual que lo bello se impone siempre lo grande, sus mujeres y sus toros triunfarán en todas partes.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Abril, 92.



Caridad para los diestros.



Las últimas corridas verificadas en Madrid y Sevilla, han puesto de manifiesto una vez más los humanitarios sentimientos de los lidiadores, que con visible peligro de sus vidas, han ayudado á socorrer las múltiples indigencias causadas por las inundaciones del mes último; en una de ellas, en la de Sevilla, un pobre muchacho, el Gavira, estuvo á punto de perecer en las astas de un toro de don Anastasio Martín.

Parece, en efecto, que á primera vista, se trata de un favor pequeño el de torear de balde una corrida de toros, y es el sacrificio mayor que á nadie puede imponerse, pues se obliga á que por espíritu de compañerismo unas veces, por el de paisanaje otras, diestros que han salido de cincuenta, sesenta ó más corridas, van á entregarse de nuevo sin ningún estipendio y quizá á perjudicarse en su salud, cuando después del primer paso ya nadie se vuelve á acordar de aquella acción, y todos son halagos y alegrías, hasta que los que intervienen en las comisiones de organización los ven vestidos de toreros y las taquillas repletas de dinero, que no siempre surten los resultados que los toreros desean, y que los pueblos perjudicados se proponen yendo los productos, mal distribuidos, quizá á manos menos perjudicadas que las que realmente debieron ser.

Perfectamente que se organicen para beneficios toda clase de diversiones, y que se exija que los encargados de realizarlas no perciban haber; pues desde luego no se origina perjuicio á un cantante por representar una ópera; á un actor por hacer un drama; á un autor por escribir una composición; todo eso está muy bien; pero obligar á que uno ó más matadores y sus cuadrillas expongan su vida, eso comienza por ser poco caritativo y es hacer que este ejercicio de la caridad se practique á regañadientes y con desgana, puesto que diversión y regalo en que se juega la vida, no es diversión ni puede desempeñarse con gran gusto.

Muchos casos pudiera señalar aquí de los accidentes sensibles que han ocurrido en beneficios; pero no es mi propósito sino el de ver si de una vez para siempre, acaba esa manía que ya dejenera en persecución.

Como mejor procedimiento, debería, en todo caso, ajustarse á los diestros para las funciones de beneficio, y dejar á su magnanidad la limosna que hubiera de hacerse, en consonancia siempre con su haber y con la índole de la desgracia que se enjuga; y á buen seguro, y conociendo como todos conocen el corazón de los lidiadores de toros, que no habrían de faltar los que darían aún más todavía que lo que representase el producto de su trabajo, y quien sobrepondría aún mayor cantidad que la percibida para la aflicción de los pobres que habían demandado su concurso. Esto sucedería en el 99 por 100 de los casos, y además serviría para probar quién era ó no digno de la estimación de sus semejantes; aun cuando tengo por cierto que no se registraría un solo caso contrario á la caridad y al beneficio.

Recuerdo que en una ocasión se dió una corrida á beneficio de no sé que perjudicados, y en ella to-

maron parte tres espadas y sus cuadrillas. En ella ocurrieron las desgracias siguientes: un picador se rompió un brazo; otro pasó á la enfermería con una conmoción cerebral, de la que tardó en sanar; un banderillero fué herido en un muslo, y uno de los matadores sufrió una cornada; pues bien, en la casa de los tres primeros, sólo hubo privaciones sin cuento, y tener que pagar los gastos extraordinarios con dinero á préstamo; el último perdió de trabajar, cobrando, siete corridas.

Hay además otras cosas muy dignas de tenerse en cuenta: cada corrida de toros origina no pocos gastos á los diestros; por ejemplo, la rotura de ropas y capotes; el gasto que determina el trasladarse al punto en que el beneficio se verifique, y otras cosas que aunque insignificantes cuando se cobran, cuando hay que darlas además de poner el trabajo siempre molestan.

Así, pues, téngase caridad de los diestros y no se les obligue tan á menudo á tomar parte gratuitamente en tantas corridas de beneficio, sin abonarles el importe de su trabajo.

La fórmula que debería adoptarse como solución, era la de que los matadores en ejercicio suscribiesen un documento por el cual se obligaran á no hacer dichas funciones sin percibir su haber, consignando, sin embargo, que una vez celebradas aquellas corridas y cobrado lo que según su importancia les correspondiese, cedieran para aumentar los ingresos, ellos y cada uno de los individuos de su cuadrilla, la cantidad que con arreglo á las necesidades de cada cual pudiese, y de ese modo estarían resueltas muchas dificultades de las que ordinariamente se presentan á los organizadores de esta clase de espectáculos.

La necesidad de un acuerdo de esta índole, viene imponiéndose hace tiempo, y seguramente no habrán de echarse en saco roto estas consideraciones, encaminadas solamente á que se tenga un poco de caridad para quien, jugándose la vida, la pone á disposición de la de sus semejantes en tantos y tan repetidos casos.

Esta es una opinión de

EL TÍO CAPA.

EPIGRAMA

Porque oyó doña Teresa que un día, de sobremesa su marido entusiasmado dijo:— ¡Cuánto me ha gustado la Trinidad cordobesa!

Se puso hecha un Lucifer, y entre mil dudas crueldes, por fin llegó á comprender que eran los tres Rafaeles lo que creyó una mujer.

PLÓEZ.

Toros en Madrid

(INAUGURACIÓN DE TEMPORADA)

CORRIDA EXTRAORDINARIA.—17 ABRIL DE 1892

Verdaderamente hasta que las cuadrillas pisaron el redondel, la perplegidad de los aficionados estaba justificada. Aire, frío, lluvia, un sol vergonzoso á ratos; todos estos elementos se habían conjurado contra la fiesta nacional, y al medio día en todos los ánimos dominaba el convencimiento de que la corrida de inauguración tendría que suspenderse. Pero como á la Empresa le retrasaba sus planes en ocho días la referida suspensión, se mantuvo en su propósito de verificarla hasta última hora, y vino á ayudarla una tregua que las nubes establecieron cuando se acercaba la hora de dar comienzo.

No sin las molestias originadas á una gran parte del vecindario por la suspensión del tránsito de carruajes en la Puerta del Sol, en vano holocausto de un muerto ilustre, pudimos llegar al Circo, que se fué cuajando poco á poco, y esperar á que se determinase si habría ó no corrida, decidiéndose por fin lo primero, después de reforzado el piso de la Plaza convenientemente. La gente hizo el paseo acostumbrado, y entre una pasajera lluvia de despedida, dió principio la temporada taurina.

Al efecto se hallaban enchiquerados seis bichos de la reciente ganadería de D. Esteban Hernández y Martínez, y á las cuatro y minutos salió al redondel el primero de los que habían de lidiar las cuadrillas de Lagartijo y Espartero.

Zafranero; berrendo en colorao, fino, grande y abierto de astas. Sin más accidentes, tomó seis puyazos y pasó á banderillas, colocándole Juan Molina dos pares cuarteando, regular y malo respectivamente, y uno Antolín, superior. Lagartijo, de grana y oro, empleó dos pases naturales, 13 con la derecha y uno de telón, para un pinchazo á paso de banderillas, una corta lo mismo y un sablazo contrario, al encuentro.

2.º *Lechuguino*; negro listón, también fino, bien criado y corniancho. La faena del primer tercio se compuso de ocho varas por dos caídas, y otros tantos caballos para el arrastre. Julián Sánchez clavó par y medio, pasado aquél y delantero éste, y el Morenito, uno caído y otro aprovechando, con lo que pasó á manos del Espartero, que vestía de azul y oro. Seis pases naturales, tres preparados y tres por alto, precedieron á un buen volapie, entrando muy en corto. (Ovación).

3.º *Cismo*; berrendo en negro, botinero, buen mozo y corto y bien colocado de defensas. Siete lanzazos recibió de los de tanda, tumbándose en una ocasión y matando un caballo. Manene cuarteó dos buenos pares, y el Ostión hace lo propio en su turno, y repite con otro aprovechando. Ocho naturales y tres con la derecha, sirven de preludeo á Lagartijo para un pinchazo de lejos, bien señalado, y con otro más de cada clase, atiza una estocada pescuecera, caída y contraria, nada más.

4.º *Valenciano*; berrendo en negro, botinero, meleno, largo, grande y bien puesto. Ocho varas y dos caídas rompieron el primer tercio. Un par pasado, de Malaver, y dos malos de Valencia, el segundo. Y siete naturales, uno de telón y dos cambiados con la muleta, y una estocada á volapie, con sus puntitas de tendenciosa el tercero, desempañado por el Espartero. (Aplausos.)

5.º *Veronés*; berrendo en castaño, colín, lucero, muy fino, gordo y sin defecto alguno en la cuerna. Cuatro pinchazos aguantó á cambio de dos porrazos suministrados y una baja en los establos. Antolín colcea dos pares de primera, cuarteando de cerca, y Juan, tras salida falsa, otro en la misma forma. En la suerte suprema, acusó el bicho algún defecto en la vista, y tras larga faena, Lagartijo aprovechó la primera ocasión en que medió se cuadro, para dejar una estocada caída. (Pitos.)

6.º *Cocinero*; berrendo en negro, botinero, grande y corniabierta. Con media docena de puyazos, sale del paso cobrándose en venganza con dos batacazos y un par de potros tendidos en la arena. Entre Morenito y Julián, clavaron cinco banderillas en todas partes menos en su sitio; y el Espartero, tras muchos telonazos, da fin de toro y corrida con una estocada á volapie atravesada, y otra sobre atravesada, baja.

Juzgando en conjunto la fiesta de ayer, debemos manifestar:

Que el ganado del Sr. Hernández Martínez, tocante á lámina, ha satisfecho por completo á los aficionados. Todos los ejemplares que ayer vinieron á la Plaza de Madrid, se presentaron perfectamente nutridos y limpios, finos de pelo y bien puestos; pero ¡ay! que respecto á condiciones de lidia, la opinión no era igual. La sangre que tanto satisfizo en las dos corridas que jugó dicho ganadero el año anterior, se ha enfriado bastante en sus hermanos de ayer. Quizá haya podido influir la persistencia del mal tiempo en estos últimos días, contrarrestando la exuberancia de pastos que disfrutaban, y el esmero que pone en ellos su dueño; pero, es lo cierto, que solamente el jugado en cuarto lugar, mostró ser duro al hierro, y que los restantes, aunque con alguna voluntad, resistieron poco y pegaron menos; que no se presentaron con franqueza á la suerte de banderillas, y que con una sola excepción llegaron poco nobles á la muerte. Tal vez á ello contribuyera también la mala lidia; pero, de todos modos, los toros no fueron más que regulares, y tenemos la seguridad de que D. Esteban Hernández tomará pronto la revancha.

Que Rafael ayer no quiso, y nos regaló tres faenas pesadas y aburridas; la primera, por las condiciones del toro y las reservas del matador; la segunda, por su falta de voluntad, puesto que la res fué la más manejable de todas y la marearon con un lío de capatazos infernal; y la tercera, por el defecto del bicho que hemos apuntado; por todo lo cual, el maestro escuchó justificadas demostraciones de desagrado.

Que el Espartero probó una vez más que se va granando, como matador de toros, de día en día, y que sin su concurso la fiesta de ayer hubiera sido insoportable. La faena del segundo fué de mucho lucimiento con el trapo, y de primer orden con el estoque; no menos buena fué la del cuarto con la muleta, siquiera al herir no estuviese tan acertado, y la del último resultó deslucida, porque el toro se huía y resistía á tomar la roja ensena.

Que en el segundo tercio sólo merecen especial mención Antolín y Manene, y en el primero Agujetas en tres puyazos al segundo toro; y que en el resto de la lidia, no hubo nada más que sea digno de consignarse.

Los toros saltaron varias veces la barrera, y en una de ellas, el cuarto empujó á un individuo que se refugió en un burladero lleno de gente. La herida debió ser en la parte posterior del muslo. También Cantares pasó á la enfermería con una contusión en un hombre, al parecer.

La Plaza, nuevamente pintada, presenta buen aspecto; han sido uniformados los naranjeros y aguadores; la entrada más que buena, y la salida tan fría como la corrida; de invierno.

Veremos si la de hoy borra la mala impresión que dejó la de inauguración en los aficionados. Lo celebrará

D. CÁNDIDO.

AGENTES EXCLUSIVOS DE LA LIDIA

México.—Gallegos Hermanos, Primera Avenida del 5 de Mayo, núm. 8.

Buenos Aires.—Emilio A. Coll, calle de Chile, núm. 2.166.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.



Faded, illegible text from the magazine's pages, appearing as a background for the central illustrations.

II. F. F. F.

TEMPORADA TAURINA, 1892

de J. Palacios, Arenal, 27.